

ESTAMPAS BURGALESAS

Por

J. L. GOMEZ TELLO

ENTRE los mil años que hoy cumple Castilla y aquel minuto de nuestra contemplación de la fisonomía de Burgos tenemos que establecer todo un cauce sentimental por donde vaya el buen amar de las imágenes de las ciudades. Cada ciudad nos deja, en efecto, como un peso en el alma, su litografía, sus luces y sus ángulos. Pero Burgos, con todo su peso de piedras monumentales, monumental ella misma, con las torres góticas de encaje trepando por el azul de seda tirante, casi no gravita en nuestra memoria al recordarla. Diríamos que todo su conjunto se ha sublimado en color, perfume y aire, como los rosetones de Juan de Colonia en la escenografía eléctrica sobre las aguas nocturnas del Espolón una noche de fiesta. Así, nos cuesta trabajo rozar esta tesis de su encanto intacto.

Burgos es esa ciudad pequeña con catedral grande bajo un cielo rayado a lo Doré, que hemos reducido, sin saber por qué, a su concepto burocrático, o que hemos ampliado hasta la antología épica, hasta meter dentro de ella toda la Historia de España: el Arlanzón, el Cid, la Casa del Cordón, Lain, Fernán González. Contra las dos cosas, o por las dos cosas, para el recuerdo es Burgos. Burgos, simplemente. Y el río colándose a través de la ciudad para multiplicar sus reflejos, haciéndonos su imagen más ligera en la cruda luz de Castilla.

Aquí las piedras tienen un cimiento que no se comprende bien hasta que nos metemos entre ellas, en el recuadro de la estampa dormida de sus calles, rodeado de Burgos por todas partes y bajo una luna gorda. Transitando por él adivinamos que sus casas no están hincadas en la roca como las de Segovia, con sus cristalerías. El trasfondo burgalés es el silencio, sus cimientos. Acabamos por comprender que todo Burgos tiene vocación de Cartuja, para andar por ella con la cabeza inclinada y el crepúsculo muriéndose al otro lado de los álamos. Y la última nostalgia del viajero que pase por la calle Fernán González y bajo los tejavanos de San Esteban, será la de no poder profesar en los claustros de San Bruno, que está ahí, a la mano, en el lago de alta y fina primavera castellana, entre nogales novicios, ramas de Tosantos y Covanera. Este verdor constituye la única voluptuosidad de la Cartuja y la más peligrosa, porque ha contagiado a la piedra. Gil de Siloe trabaja en sus retablos con la



Catedral de Burgos



Interior de la Catedral